

## Cuentos de "El Diluvio"

## EXPIACIÓN

Usted, señor, tendría a los veintisiete años el pelo tan blanco como yo si alguna vez se hubiera encontrado en la vida en el trance terrible en que hace un año yo me encontré.

Escuche y verá si son macanas lo que le cuento.

Estaba yo a la sazón en Buenos Aires. Era corrido de un lustro largo desde que una mañanita de abril me vomitó en aquella remota ribera el «Príncipe de Udine».

Habíame visto obligado a salir pitando de Barcelona por una cuestión de faldas.

La aventura en cuestión, causa y origen de esta canicie prematura que físicamente tan poco me favorece, fué del tenor que sigue.

Vivía yo en Hostafrancs, barrio entonces muy pintoresco de matute y de gitanos, en el que buscaba los consabidos gabrieles de tres o cuatro maneras distintas y ninguna honrada.

En la planta baja de la casa que me servía de guarida estaba establecido un rapabarbas barbián que tenía una mujer caída de no se sabe cuál de los siete coros.

Era una de esas rubias de fuego—tan raras y tan deliciosas—a quienes la pasión carnal convierte en un ramo de rojas lascivas en un precioso vaso de embriaguez.

Yo era un perillan redomado cantor sin igual de simpatías y voluntades. El maestro barbero, mi amigo, me quería a cegar y la maestra me quería más todavía.

Bueno. Ya se lo puede usted figurar. ¡El disloque!

Total. Que el rizado figaro de blanca chaquetilla debió ver su propia imagen en el trofeo taurino que decoraba el salón y empezó a escarbar la ardiente arena.

A los pocos días nos sorprendía «infragati» y me atacaba a mí con una navaja de afeitar abierta en cada mano.

Sali por pies y aun creo que corro. A su mujer le cortó la jeta impudente y le devolvió la cara prenda a la honrada madre que le había hecho el regalito.

No pude tornar más a mis lares porque el vengativo turco estaba al acecho, dispuesto a escabecharme, a rebanarme la carótida en cuanto me hechara la vista encima.

Al mes escaso del suceso referido el peluquero tuvo que traspasar el negocio porque

la clientela, atemorizada por el escándalo y los bufidos feroces que el temible pegaba, se desbandó.

Yo pasé el charco también. La prudencia me aconsejó que tomara esta medida de precaución si no quería morir de embestida de marido celoso.

En el Plata no me fué mal. En cuatro o cinco años reuní unos miles de pesos. En América todos los pillos hacen suerte.

Pero ahora viene lo bueno.

Un día paseábame por la calle de Corrientes, preocupado con las cuentas de un negocio que tenía en El Chaco y que no me salían bien.

Ya sabe usted que en Buenos Aires todo el mundo está loco o chiflado cuando menos y va por la calle monologando y manoteando desafortadamente.

Con la obsesión de los números que no daban el recultado apetecido entré en una peluquería y me senté en un sillón giratorio.

Rotación y movimiento de la sede gestatoria y...

—¿Qué va a ser?

—Afeitar.

Y volví a mi sumas y restas, multiplicaciones y divisiones.

El oficial le daba firme a la brocha, me metía el jabón por la boca y por los ojos; pero mi frente, llena de aritméticas bárbaras, no salía de su ensimismamiento.

Empuñó mi servidor la navaja, luego pasó por el suavizador y yo duermes.

—¿Muy apurado?

—Regular.

Comenzó la operación.

—¿Descaño demasiado? ¿Hace mal?

—Sí que tiene usted la mano dura. ¡Animal! ¡Bestia! ¿No ve que me artanca la piel, que me desuella vivo? ¿Que se cree que está usted segando? ¡Vaya! Lo que yo temía. Ya me ha cortado. Es usted un carnicero.

Lo miré y me quedé helado de espanto, mudo de terror.

Era el rapista de Hostafrancs el que me estaba pelando ¡Dios mío!

No tuve fuerzas para levantarme del potro de tormento y huir, ni para pedir auxilio.

Mi adversario me tenía, al fin, en sus zarpas e iba a dar cuenta impunemente de mí.

Con los ojos inyectados me miraba de hito en hito, me clavaba en el asiento.

Yo sentía en mi cara el pulso que le iba desenfrenado, el hálito caldeado que le salía de la boca. Y la navaja que no para de rascar, que iba de las mejillas al cuello y del